

La estratificación de la intencionalidad

Roberto Walton

Han sido frecuentes en la literatura fenomenológica los intentos de distinguir tipos de intencionalidad. Tempranamente, con la anuencia de Husserl, Fink ha diferenciado los tres "conceptos" de una intencionalidad receptiva en el yo psicológico, una intencionalidad indeterminada que se revela en la reflexión sobre los actos, y una intencionalidad trascendental como instancia productiva y creadora del mundo. Análogamente, A. de Muralt se refiere a dos "dimensiones" de la intencionalidad: la fenomenológico-descriptiva que va del objeto al sujeto y es descubierta por el fenomenólogo en una actitud segunda, y la fenomenológico-trascendental que va del sujeto al objeto y corresponde a la configuración primaria del mundo. A su vez, la primera dimensión se escinde en dos direcciones: la progresiva que avanza desde el objeto a la idea de su determinación total y la regresiva que retrocede desde el objeto a la subjetividad. Más recientemente, J. N. Mohanty destaca "grados" de la intencionalidad como una noción correlativa de los niveles de transparencia que se advierten en ella al pasar por el cuerpo propio, la pre-conciencia, la vida afectiva y el conocimiento.

Pues bien, frente al problema suscitado por estos variados puntos de vista, podría conferirse un mayor alcance a un tema central de la interpretación de De Muralt. Se trata de la oposición entre lo uno y lo múltiple, que, según este autor, permite conectar las dos direcciones del análisis fenomenológico-descriptivo porque, bajo la común sujeción a una esencia, las múltiples operaciones del sujeto descubiertas por la vía regresiva se ajustan a las múltiples apariciones del objeto impulsadas por la vía progresiva. En lugar de recurrir a este par de opuestos para descubrir orientaciones del análisis intencional, lo haremos para disponer de un hilo conductor que permite desentrañar dimensiones de la misma intencionalidad mediante una aplicación tanto al esquema general ego-cogito-cogitatum como a los polos de la relación. Este modo de deslindar dimensiones tiene la peculiaridad de ofrecer una guía para ordenar tipos de fenomenología.

1. Es conocida la afirmación husserliana de que la unidad noemática se contrapone a la multiplicidad noética. Esta convergencia de lo uno y lo múltiple con el esquema ego-cogito-cogitatum introduce ante todo una distinción entre la actualidad de una vivencia y la potencialidad de los múltiples actos que constituyen el trasfondo. De este modo

surge la oposición entre la *intencionalidad de acto* y la *intencionalidad de horizonte*. Y la multiplicidad que caracteriza a los actos no deja de afectar al yo. Las vivencias que configuran el horizonte de un acto presente no solo pueden ser explicitadas mediante una presentificación (rememoración, espera) efectuada por el yo que opera en el presente sino que pueden ser remitidas al yo que en su momento ha sido o será el polo de irradiación de la vida de la conciencia. Hay una doble reducción al yo actual y al yo situado en el horizonte temporal. Pero se trata de la pluriestratificación de un único yo y de los actos inherentes a un curso unitario.

Con la intencionalidad de horizonte se asocia estrechamente la posibilidad de una fenomenología trascendental. Una vez que un acto se encuentra relacionado con otros que configuran un horizonte, es posible una legitimación inmanente del conocimiento sin presuponer una realidad independiente. La razón por la cual la conciencia dictamina sobre la validez por sus propios medios, es que la recíproca convergencia de las experiencias latentes en el horizonte permite por sí confirmar la efectividad del objeto.

2. La oposición de unidad y multiplicidad puede ser extendida tanto a la intencionalidad de acto como a la intencionalidad de horizonte. En el primer caso lleva a distinguir dentro de la unidad de un acto una multiplicidad de protoaprehensiones que por un lado se dirigen a los momentos temporales del acto, es decir, el ahora, el antes y el después, y por el otro configuran los protoactos de la impresión, la retención y la protención en la autocaptación que la conciencia tiene de sí misma como fenómeno temporal. Un nivel más hondo de análisis permite, pues, descubrir una multiplicidad en la unidad del acto y con ella dos nuevas formas de intencionalidad. Mientras que la *intencionalidad transversal* se orienta hacia las fases temporales de los actos a los cuales constituye en tanto objetos inmanentes mediante la sucesión de esos momentos, la *intencionalidad longitudinal* se orienta hacia los correlativos protoactos y constituye la unidad de la conciencia misma. Así, dentro del acto, reaparece la distinción entre una intencionalidad dirigida al objeto —en ese caso inmanente (la vivencia)— y una intencionalidad referida al horizonte —en este caso temporal—.

La profundización de estos temas coloca a Husserl en el camino de una fenomenología de la subjetividad fenomenologizante o de una autocrítica trascendental del conocimiento fenomenológico. Esta debe ocuparse fundamentalmente del examen de las condiciones de posibilidad del conocimiento apodíctico de la conciencia, pero no es ajena a los análisis en virtud de los cuales el curso temporal de vivencias queda referido a una instancia ulterior en la que se origina su temporalidad.

3. Como un nuevo paso podemos aplicar la oposición unidad-multiplicidad a la intencionalidad del horizonte. Esta no se identifica simplemente con la multiplicidad por contraste con la unidad del acto al que acompaña, sino que en un estrato más profundo alberga un fenómeno de unidad. Es posible advertir en ella dos vertientes bajo el modo de una *intencionalidad anticipativa* referida a la estructura de determinación o familiaridad que tiene el horizonte, y una *intencionalidad remitente* relacionada con la estructura de indeterminación. La primera se encuentra bajo el signo de la unidad ya que resulta de una sedimentación de la experiencia, que, bajo la forma de convicciones o habitualidades, configura lo que Husserl caracteriza precisamente como mónada, es decir, un estilo de vida propio de cada yo y correlativamente un mundo permanente que existe sólo para él. La segunda vertiente se encuentra bajo el signo de la multiplicidad ya que se asocia con una serie abierta integrada por las posibles transformaciones de un horizonte de anticipación y por otros horizontes de anticipación. Puesto que cada yo tiene un estilo peculiar será posible diferenciar una multiplicidad de yoes.

Con la intencionalidad anticipativa se asocia el pasaje de la fenomenología trascendental de índole estática a la fenomenología trascendental genética que considera la historia del yo y su mundo. La correlación entre el sujeto y el objeto se convierte en un paralelismo entre el horizonte de capacidades potenciales adquiridas por el primero y el conglomerado de los tipos empíricos que organizan los horizontes interno y externo del segundo. Cuando de este modo se pone de manifiesto el surgimiento de los sistemas de referencia inherentes a los objetos, se comienza a tener en cuenta el contenido de la experiencia anticipada y se trasciende la caracterización puramente formal de los horizontes.

4. Una vez aplicada la oposición entre lo uno y lo múltiple al esquema ego-cogito-cogitatum, es posible recurrir nuevamente a ella para el examen de cada uno de los polos de la relación intencional, es decir, el ego y el cogitatum. Naturalmente, esta asignación a uno de los polos no es más que una cuestión de énfasis porque debe reflejarse en el otro en virtud del paralelismo noético-noemático. En el caso del ego, este nuevo paso significa avanzar de la *intencionalidad monádica* a la *intencionalidad intermonádica*. No solo es posible tener conciencia de una multiplicidad de yoes como centros de las propias experiencias pasadas o futuras, sino también de una multiplicidad de yoes como centros de otros cursos de vivencias. En este nivel la doble reducción consiste en referir el objeto —el cuerpo propio del alter ego— a un curso de vivencias que presenta características análogas al propio curso. Lo cual permite el pasaje de la experiencia singular a la experiencia intersubjetiva con una síntesis de concordancia y corrección entre las vivencias propias y las de otros con el consiguiente acceso a un grado superior de objetividad.

Con la intencionalidad intermonádica aparece en escena una fenomenología de la intersubjetividad trascendental y una vía particular hacia la fenomenología trascendental que pasa por el mundo de la vida. Se trata de un ámbito que comprende las metas singulares y comunitarias de los miembros de la comunidad intermonádica, y las formaciones a que ellas dan lugar cuando se efectivizan. A él corresponden no solo objetos de nueva índole que surgen de la actividad colectiva sino también personalidades de grado superior cuando los sujetos obran según una meta compartida.

5. Queda por aplicar la oposición entre lo uno y lo múltiple al correlato objetivo de la intencionalidad. Frente a la unidad del mundo al que tiende la *intencionalidad referencial* en tanto conciencia del mundo efectivo que se confirma en la experiencia actual, se encuentran los múltiples mundos a los que se orienta la *intencionalidad refigurante* que reconstituye mundos ya dados y propone posibles mundos de la vida. Al señalar que la intencionalidad refigurante caracteriza el relato histórico y el relato de ficción, P. Ricoeur —*Le temps raconté*, Paris, 1985— pone de relieve que la noción de referencia debe ser sustituida por la de lugartenencia para expresar la relación del relato histórico con un pasado que no es observable sino memorable a través de las huellas que ocupan su lugar, y la de apropiación para expresar la relación del relato de ficción con un mundo que tampoco es observable sino propuesto y efectivizable. Por un lado, la intencionalidad del conocimiento histórico se caracteriza por la refiguración de un pasado que ha sido y debe ser reconstruido con el auxilio de la imaginación que recrea el mundo de la vida hoy ausente en torno de las huellas del pasado. Por el otro, la intencionalidad de la ficción se caracteriza por la refiguración de un presente que puede ser transformado con el auxilio de su función reveladora.

Con la intencionalidad refigurante aparece la fenomenología hermenéutica. La subjetividad responde con una variación imaginaria de sí misma a las variaciones sobre lo real efectuadas por el relato, es decir, a los mundos sugeridos por la ficción, y, además, a las posibilidades no desarrolladas que el relato histórico puede descubrir en el pasado.

La apropiación de estas nuevas formas de vida fictivas y realizables amplía las posibilidades del sujeto y le proporciona nuevas formas de comprenderse a sí mismo. De ahí que el conocimiento de sí en la reflexión se encuentre mediado por los modos de ser-en-el-mundo configurados por los relatos. Al tema de la constitución del mundo por el sujeto, Ricoeur sustituye el tema hermenéutico de la respuesta del sujeto a las incitaciones de múltiples mundos delineados en los textos.

En suma: la expansión a la luz de lo uno y lo múltiple del esquema ego-cogito-cogitatum da lugar a cinco pares de dimensiones opuestas de la intencionalidad y permite asociar desde un punto de vista sistemático diferentes figuras que la fenomenología ha adoptado en su despliegue histórico. A la escisión primera de la intencionalidad en las modalidades del acto y el horizonte ha seguido la de cada una de estas dimensiones en una multiplicidad de protoactos y mónadas. Por último, se ha examinado la multiplicidad en relación con cada uno de los polos de la relación intencional. Y queda dibujada una correlación en la que están incluidas no solo formas de la fenomenología que Husserl ha diferenciado expresamente sino también la fenomenología de la fenomenología que sólo ha insinuado y la fenomenología hermenéutica surgida de una crítica a sus posiciones.